

129

Gilberto Rendón Ortiz
**LOS CUATRO
AMIGOS
DE SIEMPRE**

“¿Y SI YA HE DEJADO DE SER NIÑO?
¿COMO SE SABE ESO? ¿EN QUE MO-
MENTO PRECISO DEJA UN NIÑO
DE SER NIÑO? ¿HAY UNA REGLA PARA
MEDIR LA INFANCIA?” MANUEL ESTÁ
PREOCUPADO, TIENE MIEDO DE CRE-
CER. TAL VEZ, SI SE HACE MAYOR, SUS
AMIGOS -JULIO, EMILIO, JACK Y KARL-
DEJARÁN DE IR A VISITARLE...

GILBERTO RENDÓN ORTIZ ES UN ESCRI-
TOR MEXICANO CUYO PRINCIPAL OBJE-
TIVO HA SIDO DIFUNDIR LA EDUCACIÓN Y
LA CULTURA A TRAVÉS DE LA RADIO, LA
TELEVISIÓN, LA PRENSA Y LOS LIBROS.
MERECEDOR DE INNUMERABLES GALAR-
DONES LITERARIOS, RENDÓN OBTUVO
POR ESTA OBRA EL PREMIO BARCO
DE VAPOR (MÉXICO) DE 1998.

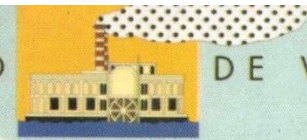
A PARTIR DE 9 AÑOS

ISBN 84-348-7260-9



9 788434 872608

EL BARCO DE VAPOR



Gilberto Rendón Ortiz

Los cuatro amigos de siempre



4ª EDICIÓN

sm



Primera edición: julio 2000

Cuarta edición: abril 2003

Colección dirigida por Marinella Terzi

Cubierta e ilustraciones: Mario Feal

Versión adaptada del original para su publicación en España

© Gilberto Rendón Ortiz, 1999

© Ediciones SM, 2000

Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

ISBN: 84-348-7260-9

Depósito legal: M-10694-2003

Preimpresión: Grafilia, SL

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

1 Manuelito

—SOS grandecito para jugar a esas cosas —ha dicho la tía Fanny.

Me gusta la música de sus palabras. Me gusta toda la tía Fanny, pero a veces me duele la música de su voz.

La tía Alba vino también de Costa Rica, pero ella es más seca de voz y de cuerpo y de carácter.

—Usted ya no debe andar inventando cosas así. No es un chiquillo.

Es más seca, pero casi nunca se enoja conmigo, no que me dé cuenta. Lo único gracioso que yo le veo es que me hable de usted. A los mayores les habla de tú, o más bien de ese modo en que hablan los extranjeros. Ella no es extranjera, sino mexicana, pero se ha educado en Costa Rica, al igual que la tía Fanny. Las dos son hermanas de papá.

Yo me he puesto serio y ellas dicen que no me enoje porque me pongo «muy feo». Me tratan como a un pequeño, y luego dicen que ya soy mayor.

La verdad es que no me enojo con ellas.

Me pongo serio, preocupado. Y, sí, también rabioso, pero no en su contra; no sé contra quien, porque a lo mejor ellas tienen razón y ya no soy un niño.

Lo siento en el pecho, como algo que se agazapa a la espera de poder saltar. Veo las cosas de otro modo, como si de golpe los ojos los tuviera más arriba; siento los brazos más largos, el rostro como si se me hubiera hecho de ángulos. Siento que en cualquier momento voy a ser otro.

¿Y si ya he dejado de ser niño? ¿Cómo se sabe eso?

¿En qué momento preciso deja un niño de ser niño?

¿Hay una regla para medir la infancia?

¿Cuando mi *abue* me reveló el secreto de los Reyes Magos, me abrió los ojos-puertas para pasar al mundo de los adolescentes, de los que adolecen de infancia y de edad madura, de los que están en medio de dos mundos...? ¿Por eso es que ahora me atormento y lloro y no sé dónde estoy, si allá o aquí?

No lo sé; el cuerpo me duele más y me canso mucho y tengo siempre sueño. Es lo único que sé.

Además, cuando mi abuela dijo eso de los Reyes Magos, prometió que me traerían regalos una vez más, hasta los doce años, y éstos todavía no

los tengo, sino que los cumpla dos días antes del día de Reyes.

Yo me atengo a la promesa y ya sé lo que voy a pedir. Y no me importa que sea lo último que me traigan, sino que cumplan con la última vez.

Bueno, pero lo que me hace rabiar y llorar no son los Reyes Magos, ni las tías, ni la abuela, ni los primos que ya están aquí de vacaciones (ya sé que se van a burlar-compadecer de mí; más todavía que en las fiestas pasadas, si la abuela no regresa pronto), sino el miedo que siento de que este año ellos, mis amigos, los cuatro magníficos, no vuelvan más. ¿Por qué? Por lo que dicen las tías: que ya no soy un niño. Si ellos piensan igual, van a decir lo mismo: que ya somos mayores para jugar a esas cosas.

—Pero *decíme*, tía —imito su modo de hablar—, ¿cuándo se deja de ser niño?

—Cuando se abren los ojos, cuando el cuerpo se despierta, cuando... —recita la tía Alba bruscamente, llevando la cuenta con los dedos.

A la tercera respuesta se interrumpe de golpe, me mira sorprendida y corre a darme un beso, seco como es ella, en la frente. Creo adivinar una húmeda mirada, pero no logro fijarme bien en sus ojos, porque de improviso sale de la habitación diciendo:

—Siga usted jugando, Manuelico, no escuche a esta vieja...

Y yo recupero la espada que armé con las piezas del mecano y el escudo de lámina (que también salió del mecano), y me apresto a combatir a los capitanes turcos que tienen sitiada Candía. El juego es en silencio porque la tía Fanny se

Me da un sueño irresistible, ya estoy cabeceando. ¿Por dónde iba? Sí, ya sé. La tía Fanny me mira. La tía Alba se ha ido llorando. Abue no viene, sigue en el hospital. ¿Qué más? Que ya no soy un niño.





suelo y se mueren o no sé en qué se transforman, pero dejan sus huevos enterrados y al año siguiente salen a vivir de nuevo del mango. De esa variedad nada más. Los otros árboles están buenos y resisten la plaga.

De pronto, un golpecito en los cristales de la puerta que da a la terraza. Había alguién fuera.

Pude abrir porque la abuela no pone seguro. Hay un escalón por el cual no podría subir yo solo la silla de ruedas, y por eso no se preocupa de cerrar con llave.

—¡No temas! —apareció el chico de blanco—. ¡Sandokán al rescate!

Salté de emoción al verlo y al escucharlo.

Había dejado en algún lugar el sombrero de explorador y lucía una magnífica cabellera negra rizada. Era blanco de tez, pero muy quemado por el sol.

—Amigo Yáñez, estás libre. Ahora mismo te sacaré de aquí.

Estiré la mano para saludarlo y él la estrechó con efusión.

—Me llamo Manuel —dije.

—¡Yáñez! —corrigió Sandokán.

Paseaba la mirada por toda la habitación, y él mismo no se estaba quieto en ninguna parte. Yo lo miraba divertido, pero cuando dio con el armario y abrió una de las puertas, recordé mi

condición de inválido y me puse triste y me mordí los labios, temeroso de que al descubrirla el visitante sufriera la gran decepción. Quizá tenía diez años como los que yo tenía entonces, pero su mirada brillaba como nunca he visto la mía brillar ante el espejo. Era un muchacho muy recio y ágil. Pisaba firme, sus pasos resonaban en toda la habitación.

La abuela gritó:

—¿Qué haces?

—¡Estoy jugando! —respondí de inmediato.

En ese momento el chico había encontrado unos pañuelos y se ponía uno en la frente y me tiraba el otro para que me lo pusiera igual.

—¡Vámonos! —exclamó avanzando decidido.

—No puedo... —le señalé mis piernas, apenado.

—¡Ah, mi querido Yáñez, veo que el truhán no sólo ha usurpado el trono que a usted le pertenece, sino que lo ha reducido a este lamentable estado! No se apure, encontraremos el antídoto preciso...

Antes de que yo pudiera decir algo, se puso detrás de mí y empujó la silla de ruedas.

—Al revés —dije contento.

Y no tardamos en salir a la terraza.

—¿Ahora, cómo bajamos, señor Yáñez?

—Primero la silla de ruedas y luego yo... — se

me ocurrió, temblando de emoción—. Hay varias cuerdas por ahí —señalé la puertecilla de un cuarto de herramientas que daba a la terraza—. La más larga es la cuerda para las piñatas, cuando vienen mis primos en Navidad.

3 Karl

BAJÉ por mis propias fuerzas. Mis manos se desgarraron con la soga, me quedaron sangrando y ardiendo, pero oculté el hecho, porque Emilio, así dijo que se llamaba antes de lanzarme yo al vacío tras la silla de ruedas, se mostraba esplendoroso a mi lado, sin agitarse por la escalada, sin dar muestras de temor por su atrevimiento. Y yo quería parecerme un poco a él. Escondí también el miedo que me daba que la abuela nos descubriera.

Cruzamos como un rayo la huerta toda. Alcanzamos el portón que seguía abierto y marchamos a la búsqueda del árbol de *litchis*.

—¡Ha desaparecido! —exclamó desconcertado Emilio-Sandokán.

Fue cuando supe que había llegado en bicicleta.

—Alguien ha visto el portón abierto y se la ha llevado.

—No, Manuel... El ladrón no se la ha llevado afuera... Mira las huellas.

El encanto del juego se rompió, él había dejado de ser Sandokán y yo Yáñez. No podía seguir siéndolo si le roban a uno la bicicleta.

Seguimos las huellas, que yo no veía pero él sí, hasta el cerco de malla tapizado con enredaderas y cerezos del Brasil.

Allí estaba la bicicleta en manos de un muchacho rubio, más alto que Emilio pero de no más edad.

—¿Es tuya? —preguntó con descaro, dirigiéndose a Emilio—. Nunca había montado en una burra italiana, *Benotto*. No me parece tan buena como el camello que trae tu amigo. ¿Puedo dar otra vuelta?

—¿Camello? —preguntamos los dos.

Burra se dice a veces a la bicicleta. Camello, pensé, quizá fuera otra forma de nombrar una marca diferente o a una silla de ruedas.

El rubio no respondió, sino que se encaramó en la bicicleta y se fue pedaleando por una vereda entre los árboles.

Tuve la impresión de que aquel muchacho rubio nos había tomado el pelo y había escapado con la bicicleta, pero no tardó en volver a velocidad regular por el otro lado.

Entonces se acercó a la silla de ruedas y, alegremente, dejando la bicicleta en manos de su dueño, se puso detrás de mí.

—Ésta sí es una nave del desierto —y comen-



zó a empujar la silla llevándome a la carrera—. ¡Vamos tras los piratas del mar Rojo! Sígueme, sídi...

Emilio, montado en su vehículo, se apresuró a ir detrás de nosotros.

Nunca antes nadie me había paseado a la carrera en la silla de ruedas. Era estupendo. Daba brincos en algunas partes del terreno, y en algunos planos y bajadas cobraba una velocidad de vértigo.

De pronto, lo que tenía que ocurrir pasó: tropezamos con un borde del terreno, la silla salió volando por un lado, y yo, su pasajero, por el otro. Acabé en el suelo en una posición que me permitió ver una escena terrible: la silla aterrizó a mi lado, dio varias volteretas siguiendo una zona despejada de árboles y malezas, y cuando cayó de pie lo hizo en una ligera bajada que concluía en un arroyo. Así mi silla se fue rodando hasta precipitarse en la fuerte corriente de agua que cruzaba apenas por diez o quince metros dentro de la finca, antes de volver a meterse en otra propiedad privada.

El rubio y Emilio corrieron a alcanzar la silla de ruedas, pero la corriente era muy rápida, y fría. Antes de que se animaran a tirarse al agua, la silla pasaba, como resto de un naufragio, bajo la alambrada que divide los territorios.

—¿Estás bien, Josef ben Josef ben Azud ben Jalha ben Ami...? —me recogió el rubio.

Tenía yo una grosería en la boca, aparte de una lágrima que había escurrido en mi cara.

—Déjame —casi grité.

El rubio insistió, quería ayudarme.

—¡Déjalo! —exclamó Emilio—. ¿No has oído?

El rubio se enderezó y quedó frente a Emilio. Se cruzaron sus miradas a pocos centímetros de distancia, cerraron ambos los puños y permanecieron así algunos segundos. El rubio aflojó las manos y sus puños se abrieron.

—Si no queréis, no juego —se encogió de hombros.

Emilio me miró. Yo escondí los ojos para no tener que responder.

—No queremos que juegues —informó Emilio.

—Bueno... —se alejó unos pasos el rubio. Me miró y dijo—: Siento lo de la silla.

Pero no se fue, se quedó a un lado frente al arroyo, mirándonos de reojo.

Emilio me llevó en brazos y me puso a orillas del ribazo.

Yo seguía viendo todo nublado, a través de los ojos húmedos. Mi silla de ruedas era... parte de mí mismo. La parte que yo creía que amaba más porque no me dolía nunca y porque además me permitía ir de un lado a otro y vencer los fantasmas que acosan a los desvalidos físicos. Y la había visto perderse a lo lejos entre la corriente.

—Ya te he dicho que no te queremos aquí...
—gruñó Emilio cuando reparó en que el rubio no se iba.

Habían medido fuerzas en el breve momento en que se encararon, y aunque el rubio era poco más alto, Emilio era más fuerte y temerario. Y ambos lo sabían.

—No me he quedado a jugar... —añadió el otro—, sino a ayudar.

Respondí que sí a la nueva mirada de Emilio.

—Bueno, quédate.

—Me llamo Karl —se presentó.

4 Julio y Jack

—**N**ECESITAMOS un barco para ir tras las ruedas del chico —aseguró Karl a modo de propuesta.

—Tienes razón —asintió Emilio—. Pero para hacer un barco necesitamos un hacha...

—¿Hacha...? —me limpié los ojos.

—Para tumbar este árbol. La madera de baobab es ligera y resistente y nos saldrá un barco muy marinero.

—¿Baobab? —me quedé mirando el árbol de mangos al que Emilio le había echado el ojo. Es cierto, parecía algo diferente de los demás árboles de mango que yo conocía, pero hasta entonces yo no sabía que en la huerta había un baobab.

Nos quedamos mirando lo alto que estaba, las ramas tan frondosas y robustas, y, de pronto, descubrimos dos caras que nos miraban desde arriba, entre el follaje.

—¡Eh, los de arriba! ¿Qué hacéis en nuestro baobab?

En las ramas del árbol se escucharon unas risas.

—¿Baobab? —respondieron—. ¿Llamáis baobab, pobres ignorantes, a un árbol de lord Glenarvan?

Emilio también rió burlón.

—¿Así llaman en tu rancho a los baobabs?

—¡Sube para que te cerciores! —clamó una voz.

—¡Anda, sube, éste es un lugar seguro! —urgió una segunda voz.

Íbamos a preguntar cómo diablos se sube a un árbol tan alto cuando un columpio comenzó a descender hasta el mismo suelo. Arriba, nos dimos cuenta, lo podían subir y bajar gracias a un sistema de poleas y a una manivela.

Me asombró esto. ¿Desde cuándo jugaban esos chicos en el más alto de los árboles de la huerta? Era obvio que aquel sistema de poleas no era improvisado.

—¿Habrà sitio para tres...? —preguntó Emilio tirando de la cuerda.

—¿Sois muy gordos?

—¡No, qué va!

—Bueno, entonces podéis subir los tres —respondió una voz.

De inmediato estalló la segunda voz, más aguda que la otra, con una risita ahogada:

—Pero, uno por uno, ¿eh?

—Yo voy primero —dijo Emilio dirigiéndose a Karl—. Tú pones a Manuel en el columpio y subes al final.

Emilio, con su pañuelo anudado en la frente, subió rápidamente y no tardó el columpio en estar de regreso.

Temblaba yo de emoción. ¡Subir al más alto de los árboles! Era mi sueño a los tres o cuatro años de edad, cuenta mi abuela. Quería yo alas para volverme pájaro, de eso sí me acuerdo, porque vi la película del rey Arturo cuando joven. Merlin lo volvía un animalito diferente cada vez. Mi *abue* me colgaba entonces de una barra de metal que había en el tendedero y yo me columpiaba unas pocas veces porque mis brazos no resistían mucho.

Me acomodé en el columpio con la ayuda de Karl, quien tiró de la cuerda para avisar que estaba listo el pasajero.

Y allá voy para arriba, ingrávido, aspirando el aire de las alturas, gozoso, olvidando que una parte de mí ha naufragado.

Y allá arriba me reciben dos caras extrañadas que me miden de arriba abajo. Les sonrío con ojos, labios, orejas, manos...

—Él es Manuel —me presenta Emilio—. Y ellos son Julio —el mayor de todos, quizá ya tenía doce años— y Jack —un chico de ojos claros del mismo vuelo de Emilio.

Los saludo asombrado porque, además del juego de poleas, tienen arriba del árbol una plataforma de madera sobre la que han construido con ramas una cabaña aérea. Me acuerdo de uno de los cuentos de mi abuela sobre Juan Tonto y Juan Listo. Juan Listo le dice a Juan Tonto que suba la puerca al árbol porque se espera una inundación. Juan Tonto no escucha bien y sube la puerta de la casa. Me siento sobre la plataforma-puerta y veo cómo reciben efusivamente a Karl.

Julio y Emilio se juntan, parecen afines.

Karl y Jack hablan con entusiasmo del mismo programa de televisión y de las mismas cosas. Se nota que quisieran salir corriendo juntos a jugar a las canicas o a corretear entre los árboles.

Yo soy Juan Tonto, sentado en la puerta mientras pasa la inundación, hasta que Julio pone orden.

—Bueno, bueno, si vais a quedaros, nosotros mandamos en el juego —advierde.

Están en su territorio y nadie les disputa el mando.

—¿A qué jugamos? —pregunto yo.

—Pues a lo mismo —responde Jack, socarrón—. A la cabaña aérea.

—Éste es un árbol de lord Glenarvan —apunta Julio.

Todos asentimos. Yo estoy seguro de que es

un mango, Emilio de que es un baobab y Karl, que no distingue más que las palmeras y siempre vivas, no tiene una opinión al respecto.

—Bueno, ¿y qué más? —quiero saber.

Julio frunce el ceño y se lleva las manos a la cabeza como diciendo que estoy echando a perder las cosas.

Jack se encara conmigo.

—¿Es que no sabes jugar?

Emilio me defiende:

—Es que acaba de perder sus dos piernas-ruedas.

—Sus piernas-camello —aclara Karl.

—Por ahora olvidemos las ruedas, no van con el juego —corta Julio—. Cuando pase la tormenta, haremos una excursión en su búsqueda.

—¿Tormenta? —iba yo a preguntar, pero Jack adivina mi intención y me corta la pregunta con su mirada azul.

—Aquí casi no se siente la tempestad —dice sin dejar de mirarme a la cara—. Saca un poco la mano del follaje y verás...

En efecto, cae tímida una gota de lluvia en mi mano, dos gotas, tres... Se animan las gotitas y caen cuatro.

Los demás me imitan.

—Ya casi para —dictamina Julio—. Si no



























—Yo llevo al piloto de pruebas —aclara—.
¿No hay que tener más cuidado con él?

—¿El piloto? —quiero preguntar a pesar de la mirada acerada de Jack. Pero hoy sí que no me atrevo a hacerlo por temor a la respuesta.

¿Yo, el piloto? ¿He oído bien? Durante el largo ascenso por la escalera de caracol voy temblando de pies a cabeza. ¡Sí, hasta siento las piernas, normalmente insensibles, que se me llenan de sangre y laten al unísono con el corazón! Y cuando llegamos arriba, estoy como sonámbulo.

Me dejo acomodar en la silla voladora, escucho las instrucciones que da Julio, y no reacciono hasta cuando Emilio y Jack sostienen el artefacto aquel, listos para el lanzamiento usando el tejado a dos aguas como si fuera una rampa.

Voy a decir que no he hecho mi testamento y que no me gustaría que mi primo Hugo, el gordote que rompe siempre todas las piñatas, heredara mi colección de libros de aventuras. Pero ni siquiera puedo abrir la boca cuando ya me lanzan en picado.

Me aferro con todas mis fuerzas a la silla. Cierro los ojos por un momento y, cuando los abro, voy por el aire directo a estrellarme contra el suelo. Angustiosamente, doy un tirón a una cuerda que Julio ha atado a mi mano, y estalla el ruido de un motor eléctrico. ¡Si mi abuelo se entera allá en el cielo de que lo hemos quitado de una de sus podadoras, va a ponerse verde!



La silla sigue en picado, pero más deprisa, lanzándose contra el suelo. Cuando está a una décima de segundo de estrellarse, algo se mueve en las alas y éstas logran levantarse un poco de modo que, en lugar de chocar, consigo aterrizar milagrosamente. Respiro aliviado. La silla va a la carrera por una vereda entre los árboles. Debería disminuir su velocidad, pero no entiendo por qué se acelera más y más. Voy a estrellarme contra el portón (¡chin, lo han dejado cerrado esta vez!).

—¡Elévate, elévate! —gritan entretanto mis amigos.

—Como si fuera tan fácil —digo moviendo una palanca.

Y la silla se eleva bruscamente. En ese instante comprendo el mecanismo. Un tirón hacia arriba mueve las alas en un ángulo que le permite elevarse. Un empujón hacia abajo produce el efecto contrario.

De todos modos no es fácil volar por primera vez en una silla de ruedas. Voy dando tumbos de aquí para allá. Vuelo como un abejorro asustado y paso rasante sobre el techo de la casa, donde mis amigos se tiran sobre la azotea para que no me los lleve de corbata. Y cuando creo que voy a estrellarme contra las ramas del árbol, hago un perfecto aterrizaje en la cabaña aérea.

Allá abajo mis parientes se están organizando

para formar la procesión, pedir posada y romper la piñata del día, es decir, de la noche, y no se dan cuenta cuando los cuatro magníficos bajan del techo y se dirigen a toda prisa al árbol de lord Glenarvan para colmarme de felicitaciones.

12 La competición

EN la plataforma aérea de Juan Tonto, como la llamo yo, Julio revisa la silla voladora y se dispone a hacer algunos arreglos. Jack, que sabe hacer de todo, le ayuda mientras los demás, colgados de las ramas vecinas, los rodeamos curiosos con ganas de colaborar en algo.

Son los últimos ajustes —dice Julio.

Hemos pasado una noche fenomenal. Tras mi providencial aterrizaje, cantamos a todo pulmón canciones marineras para acallar las canciones de pedir posada que nos llegaban de todos lados. Después, nos contamos cuentos de terror y nos metimos tanto miedo que acabamos los cinco muy juntitos. Al final hicimos planes para el día siguiente. De las seis a las siete, tomar yogur con galletas; de las siete a las nueve, Julio y Jack harían unos arreglos a la silla voladora; de las nueve a las diez deberíamos trasladarnos a la Unidad Deportiva para estar temprano en la competición, que comenzaba a las once. También quedamos en que, si ganábamos, nos repar-

tiríamos el premio en partes iguales; pero si no alcanzábamos más que el segundo lugar, entonces yo me podría quedar con todo el premio, una enciclopedia para mí solo.

Todo salía bien. Los arreglos al artefacto volador lo harían más fácil de maniobrar, teniendo en cuenta que yo no puedo usar los pies ni las piernas. Lo malo empezó cuando salimos de la finca y quisimos que alguien nos llevara al centro de la ciudad. A pesar de que habían desmontado las alas, de todos modos ocupábamos mucho espacio.

Por fin, casi a las diez y media, llegó un autobús del servicio público y permitió que acomodáramos la silla y las alas sobre el techo. Allá arriba se fue Jack, para cuidarlas; los demás fuimos sentados en el interior. Nos bajamos a cuatro manzanas de la zona deportiva. Teníamos que correr para llegar antes de la once.

Julio me cargó a mí y Karl se llevó la silla empujándola de modo experto con las alas sobre el asiento. Llegamos cinco minutos antes de la hora, cuando ya el oficial había cerrado el libro de inscripciones. No hubo problema para volver a abrirlo y apuntar a nuestro equipo. Quedamos registrados con el número 17, pero había más de treinta sillas de ruedas paseándose de aquí para allá.

Cuando me tocó firmar un papel que decía

que contaba con el permiso de mis padres para participar en la prueba y que eximía a los organizadores del mismo de cualquier responsabilidad en caso de lesiones o de un accidente, vi el nombre completo de mis amigos junto al mío; pero como yo firmo al revés, poniendo el cuaderno de cabeza, no pude leer más que Julio Gabriel U..., o a lo mejor era V o Y.

—Pasen a ocupar el lugar de salida diecisiete— nos dijo el oficial.

La cancha de fútbol había sufrido una singular transformación y ahora era una especie de circo de tres pistas. Las tribunas del estadio estaban casi llenas, en especial de familiares de los concursantes. Mi familia brillaba por su ausencia, pero de haberse enterado habría llenado media tribuna.

—Son cuatro pruebas, Manuel —explicó Emilio—. Si ganamos dos y quedamos en segundo o tercer lugar en las otras, probablemente seremos los campeones.

La primera competición era una carrera alrededor del estadio.

El lugar diecisiete de salida estaba precisamente a la mitad. Los primeros puestos estaban ocupados por niños y niñas de menor edad que la mía y la de mis amigos; en los últimos lugares, los concursantes eran mayores que nosotros. Comprendí que teníamos una ligera ventaja

sobre los mayores; pero, por el contrario, los chicos menores nos adelantaban cinco, diez, veinte y hasta cincuenta metros, según fuera la diferencia de edad. ¿Podíamos darles alcance cuando la pista apenas tenía cuatrocientos veinte metros, sin un solo borde además?

Me acomodé en la silla de ruedas, Karl se puso detrás de mí y, a la señal de partida, salimos como el rayo.

Rápidamente adelantamos a tres o cuatro competidores. Con Karl empujando mi silla no tardamos en ponernos los primeros. Fue difícil pasar a la última pareja, los más jóvenes de todos, pero lo hicimos antes de los trescientos metros. Ya íbamos a tomar la curva final cuando vimos que un par de saetas venía tras nosotros. ¡Los competidores mayores nos iban a caer encima pocos metros antes de la meta!

—¡Duro, Karl! —gritaba yo desesperado.

Karl apuró el paso y no se dejó pasar hasta que cruzamos los primeros la meta. Para entonces, las dos parejas que nos seguían de cerca iban tan rápidas que no pudieron detenerse antes de cincuenta metros.

13 Salto de longitud

LA segunda prueba la hice al lado de Emilio.

Era una competición de salto y resistencia consistente en coger carrerilla durante diez o quince metros, tomar una rampa de 45 grados de inclinación y lanzar por ella la silla de ruedas con conductor incluido, a ver lo lejos que llegaba, si caía en buena posición, y si resistía el trompazo de la caída. Se consideraba el mejor salto de tres intentos.

Se hicieron tres grupos de competidores. Nosotros pasamos en cuarto lugar en nuestro grupo y Emilio pudo lanzar la silla de manera perfecta. Es un atleta de primera. Yo fallé al abrir los brazos y oponer con ello un poco de resistencia, pero, aun así, con once metros justos, estuvimos en primer lugar durante mucho tiempo. Hasta que llegaron dos de los chicos mayores y rebasaron mi salto por cosa de treinta centímetros uno y cincuenta el otro.

En el segundo intento no conseguí mejorar mi marca anterior porque Emilio perdió el paso.

perdió el control y no pudo soltar a tiempo la silla, de tal suerte que salimos los dos volando juntos. Dos metros y ocho centímetros habría valido el salto si hubiera caído la silla de pie y no de cabeza.

En el tercer intento ya conocía a todos los competidores y no me importaba mucho perder ante ellos. Eran chicos y chicas como yo, pegados de por vida a su silla de ruedas. Venían muchos de ellos de pueblos y ciudades vecinas, y otros incluso eran vecinos de mi colonia. Se lo dije a Emilio, y Emilio, de quien no conocía más que el lado amable, se disgustó seriamente conmigo.

—Yo ya no participo más —dijo.

Intervinieron Julio, Karl y Jack para calmarlo.

—No puedo estar al lado de un perdedor.

—¡Pero si no voy a perder! —exclamé yo—.

Quería decir otra cosa. Esos chicos están esforzándose lealmente. Y lo reconozco. Pero no voy a dejar que nos ganen.

—Por un momento he pensado —confesó Emilio— que querías quedarte con la enciclopedia del segundo puesto.

—¡No! —chillé rabioso—. Lo único que quiero es compartir el primer premio con vosotros.

—Discúlpame, entonces.

Claro que sí. Cuando llegó nuestro turno, estábamos dispuestos a realizar el mayor esfuerzo.

Emilio se concentró, tomó carrera y empujó en el momento justo con la misma perfección gimnástica que en el primer intento. Salió mi silla volando, Emilio se detuvo en el borde mismo de la rampa y ahí se quedó, equilibrándose milagrosamente para no caer, viendo cómo volaba la silla. Yo estiré los brazos hacia delante en el momento justo y logré un impulso extra. La silla cayó sobre sus ruedas, rebotó en el suelo y a punto estuve de irme de bruces y caer, estropeando el magnífico salto, pero me eché hacia atrás y pude seguir en el asiento mientras la silla rebotaba tres o cuatro veces, hasta quedar quieta.

—¡Catorce metros veintidós centímetros! —exclamó el oficial ante los aplausos de toda la tribuna.

Asombrados los competidores, pidieron ver, en la pantalla gigante del estadio, la repetición del salto, y escucharon la entrevista que nos hicieron a Emilio y a mí. Explicamos nuestra técnica y... ¡para qué hablamos!, los siguientes saltos fueron todos perfectos. Competidores de ocho años de edad estuvieron a punto de alcanzarnos, pues habían comprendido cómo había que saltar.

Cuando fue el turno de los competidores más fuertes, yo me quería desvanecer en brazos de Jack, que no dejaba de animarme.

Al final ganamos, pero por cuestión de ocho centímetros sobre el segundo puesto.

14 Clara

Las siguientes pruebas eran individuales. Significaba que eran del todo mías. La primera de ellas tendría lugar después de un descanso para armar las sillas voladoras. Estaba yo asombrado de ver cómo se iban transformando todas las otras sillas. Yo tenía a cuatro magníficos amigos para ayudarme; y a los otros chicos y chicas, ¿quiénes los ayudarían?

—No empieces a pensar tonterías, porque los otros lo único que desean es que te estrelles en la salida para poder ganarte... —rumió Emilio—. Concéntrate en lo que tienes que hacer: ganar.

—Se les dará a los competidores treinta minutos para que demuestren su pericia y habilidad sin más traba que su imaginación y su capacidad —explicaba un hombre por el altavoz al público asistente.

Yo no prestaba atención más que a las indicaciones de Julio. Quizá eran las mismas palabras que había empleado en la azotea de la casa, pero aquella vez no entendí nada porque estaba

yo aturdido. Ahora comprendí sus instrucciones perfectamente. Se lo hice saber y me despidió con una palmada en la espalda.

—Ponle mucha imaginación —recomendó al final.

Fui a tomar la pista de despegue mientras el cielo comenzaba a recibir a los primeros competidores. Pronto me encontré volando entre otras treinta sillas voladoras. Comencé mi participación haciendo una demostración de velocidad y de altura. ¿Alguien podía volar más alto que yo? Atravesé unas nubes y luego me precipité hacia abajo en un picado increíble casi a ras del suelo, para volver a subir repentinamente. Algunos chicos trataron de imitarme, y no consiguieron subir tan alto ni acelerar a tanta velocidad.

De golpe, reparé en un piloto que hacía piruetas a baja altura. Un rizo, una banda de Moebius, un nudo ciego... y no sé qué otras figuras acrobáticas. ¡Me estaba superando! Lo peor de todo es que se trataba de una niña. Intenté imitarla, crear incluso nuevas figuras acrobáticas. Hice el sacacorchos, la montaña rusa inversa, el resorte, la hoja de maple y otras figuras de mi invención; pero la chica no cedía para nada.

«Se llama Clara», pensé. Y estaba seguro de ello. «Clara Blume. Tiene once años y va a quinto y tiene una perra *husky*...»

Entonces coordiné mis movimientos con ella y la fui siguiendo, imitando sus figuras; hice luego las mías y ella aceptó el reto y me fue siguiendo a mí... Así estuvimos largo rato tratando de vencernos uno al otro. Los chicos que cayeron en la cuenta de lo que hacíamos buscaron imitarnos, y de pronto el cielo dejó de ser un revoltijo de máquinas voladoras para convertirse en un concierto aéreo. A la media hora sonó la sirena que indicaba que la prueba había terminado.

Dieron el primer puesto empatado a cuatro participantes. A la chica y a mí entre ellos.

—¡Empate! Eso significa que he fallado —tenía deseos de darme un buen puntapié en la cabeza.

Emilio me tranquilizó:

—No has fallado; tu calificación ha sido perfecta.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Tenías razón. Todos esos chicos están haciendo un gran papel.

Jack no estaba de acuerdo:

—Manuel ha sido el mejor, porque él ha tomado siempre la iniciativa; los jueces no han podido apreciar todo a la vez.

Me sentí bien. Estaba alegre por mí y estaba alegre por la chica. Cuando dieron los resultados, no quise escuchar su nombre por el altavoz,

porque, si decían que no se llamaba Clara, yo iba a sentir que la magia no existe.

Ahora sólo faltaba una prueba. Yo tenía trescientos puntos y mi más cercano perseguidor doscientos cuarenta y cinco. Significaba que me bastaban cuarenta y seis puntos para ser el triunfador absoluto, pues nadie más podía alcanzar mayor puntuación. Por tanto, ya nos sentíamos el equipo triunfador. Solamente Julio contenía el entusiasmo y decía que lo mejor era esperar un poco antes de celebrarlo.

15 *La prueba final*

APENAS me enteré de en qué consistía la prueba, empecé a sentirme mal. Pedí a Emilio que me cambiara el babero, porque el que llevaba ya estaba todo mojado. Un rictus nervioso me deformaba la cara cuando anunciaron que tomaríamos nuestro puesto.

—Tranquilo —se acercó Jack—. Tú puedes hacerlo.

Me coloqué en la pista central, en un lugar que una chiquilla de nueve años reclamaba como suyo. Intervino un oficial para indicar cuál era mi posición.

—¿Estás bien? —me preguntó. Tan mal me veía.

—Sí, no se preocupe: así soy yo normalmente —expliqué.

Estalló una música espantosa que acabó por aturdirme. A cada tamborazo me hundía más en la silla, mientras el resto de competidores se sacudían de pies a cabeza con todo el entusiasmo del mundo.

¡Bailar cada quien en su silla de ruedas era la última prueba!

—Creo que Manuel se ha desmayado —señaló Karl, preocupado.

Tenía la intención de meterse en la pista.

—No entres. Pueden descalificarlo —lo detuvo Julio.

—¿Y si se ha puesto mal?

—No puede ponerse mal —respondió Emilio—. No puede fallarnos...

—No nos falles —rogó Jack.

—No nos falles —repitieron los demás a coro.

Clara bailaba maravillosamente esa música horrible. Pasó varias veces enfrente de mí y en una ocasión me miró asombrada.

—No nos falles —se movieron sus labios.

No sé si eso lo dijo ella, porque las palabras resonaron dentro de mi cerebro, no en mis orejas; el caso es que, al verla, me pareció que eran sus palabras. O eran pensamientos que resonaban en mi cerebro, porque hasta la propia música parecía decir: «No nos falles, chaca, chaca, chaca, no nos falles, chaca, chaca, chaca», así, a ritmo de música disco. Quise entonces pedirle auxilio a Clara Blume. «¿Cómo voy a mover con la misma gracia tuya este torpe cuerpo mío?» Ella no pudo escuchar mis pensamientos, pero sonrió animándome y se dio la vuelta. Pude entonces notar que llevaba un babero muy bonito,



y que su cuerpo parecía tan contrahecho como el mío. Y, sin embargo, bailaba como los ángeles y se veía tan hermosa... «Si ella puede, quizá yo pueda», me dije. Seguí sus movimientos con los ojos, con el corazón, con el pecho, con los brazos, con mis piernas-ruedas y, de pronto, me encontré bailando como los demás. Chaca, chaca, chaca, me resonaba todo el cuerpo. Sonreí la siguiente vez que se cruzaron mis ojos con los ojos de Clara. Y ella se sonrojó, bajó la vista, pero no se aguantó más y mostró el contento que le daba verme sonreír.

Nunca creí que seguir esa música primitiva fuera divertido. Cuando apagaron el sonido y el público aplaudía de pie, en mi pecho resonaba todavía el ritmo aquel. Me dieron cincuenta puntos de calificación, muy por debajo de los noventa y siete puntos de Clara, que fue la número uno en esa prueba; pero yo tenía la puntuación suficiente para ser el ganador absoluto junto con mis amigos.

Después de la ceremonia de entrega de premios, nos metimos en una heladería a comer todos los postres, pasteles y helados diferentes que había. Nos gastamos todo el dinero del premio.

El regreso lo hicimos de manera similar a la ida, y, finalmente, nos instalamos, cargados de provisiones, en la cabaña aérea.

16 En casa

PASAMOS otros dos días en la cabaña aérea, volando por turnos en la silla de ruedas. Lo mismo hicieron los otros chicos y chicas que habían puesto alas a sus sillas, porque en el cielo siempre había sillas volando por aquí y por allá. Hasta que, unos días después, pasó la moda de las sillas de ruedas voladoras.

Una vez mis primos sorprendieron a Jack volando sobre la huerta y, desde el árbol de lord Glenarvan, los demás escuchamos a Hugo, el gordote, decir:

—¿No es ésa la silla de Manuel...?

—¡Manuel, ese bobo que no es bueno para nada, ahora se pasa dormido todo el tiempo!

—¡Pero ese parche en el respaldo...! —exclamó Hugo—. Se lo puso la abuela cuando yo le di a escondidas un navajazo a su cochina silla...

—¿Cuál parche? Era un adorno... De tanto videojuego ya te falla la vista.

Se fueron, por fin.

Al quedarme solo en mi cuarto, me preparé

para afrontar el enojo de *abue* por mi larga ausencia.

Esperé una hora, dos horas, y como la abuela no subía, la llamé. No respondió. La seguí llamando cada quince o veinte minutos, hasta que se hizo de noche y me quedé dormido. Cuando abrí los ojos, comprendí que la fiebre había regresado. Las emociones otra vez, me dije. Los helados, la comida, el aire frío de las alturas... No lo sé. Mi cuerpo es débil y a veces una corriente de aire que se cuele por una rendija me enferma.

Me hundí en un sueño inquieto, hasta que un rayo de luz en la cara me despertó.

Era el doctor Beristáin, alumbrándome con una linterna en los ojos.

—¡Abuela! —aparté la linterna con un brusco movimiento.

—Aquí estoy, hijo.

Hice a un lado al doctor y me abracé a mi querida abuela.

—Te he llamado muchas veces y no estabas...

—Sólo me he apartado de ti un momento...

Aquí estoy contigo y aquí estaré siempre...

—Yo... —traté de decir algo, pero las palabras se anudaron en mi garganta.

—No digas nada. A mí tampoco me han gustado nunca las piñatas...

Suspiré. ¿De modo que mi *abue* pensaba que

mi desaparición se debía a lo que había pasado con la piñata? Me quedé pensando cómo podría contarle las aventuras que había tenido con mis amigos. Así se daría cuenta de qué poca cosa eran para mí las burlas de los demás.

En esos días no tuve la oportunidad de hacerlo porque la cuestión se complicó: la abuela tuvo una discusión con sus hijos y nietos porque no quiso ir a cenar con ellos en Nochebuena.

—No puedo apartarme de Manuelito hasta que mejore un poco —se disculpó.

Las tías Caro y Ful, esposas de los tíos Bene y Vena, se molestaron tanto que ya no cenaron en casa y se fueron a un hotel cercano. Mi abuela tuvo que ir, empujada por los tíos Bene y Vena, a pedirles el día de Navidad que regresaran a la finca, porque no había tenido intención de ofenderlas.

17 *Un cuento*

RESPIRÉ con alivio cuando mi abuela y yo nos volvimos a quedar solos.

Tuve una gran mejoría los meses de enero y febrero. Hasta me retiraron una de las seis medicinas que tomo. Mi abuela se veía muy contenta y animosa. Incluso, para mayor suerte: le aceptaron sus colaboraciones en un diario de la capital del estado, y dijo que podría ahorrar para comprar un aparato de vídeo VHS (luego se gastó de nuevo el dinero en medicinas y ya no compró nada).

Yo mismo me sentía muy fuerte y sano y le pedí que me llevara a pasear por la huerta. No quiso porque había mucho polen flotando en el aire y eso, ya estaba comprobado, me hacía daño. ¿No lo decía yo? Si no es el aire, son las emociones, y, si no, el helado que me comí en secreto. Ahora es el polen.

—Mejor te cuento un cuento —añadió con dulzura.

—No, *abue* —respondí.

—Pero no te enfades; es por tu bien...

—Lo sé y no me enfado...

—Entonces, ¿el cuento?

—Bueno, pero mejor te lo cuento yo.

Inventé una historia basada en la aventura del pasado diciembre. Mi abuela, radiante, escuchaba, como si ella fuese una pequeña criatura y yo un viejo narrador.

18 Miedo

AHORITA que mi abuela está en el hospital, he pensado mucho en la muerte. Me aterra quedarme solo, sin ella. La tía Fanny y la tía Alba no me llevarían con ellas a Costa Rica, ya que si ellas me quieren un poco, no creo que me quieran igual los tíos. Ellos son hermanos también y conocieron a mis tías cuando pasaban unas vacaciones en México. Ahora las tías hablan con más acento extranjero que mexicano.

—¿Se va a morir mi abuela? —le pregunto a la tía Fanny.

La tía salta, tira el punto, se acomoda las gafas.

—No, qué barbaridades decís, Manuelico... Sos muy maleducado...

—Estoy preocupado, nadie me dice cómo está mi abue...

—Está mejorcita, ¿qué más quieres saber?

—Cuándo va a regresar.

—La operaron, está delicada. Va a pasar seis o siete días más en el hospital.

—¿Entonces no se va a morir?
—Ya te he dicho que no. El peligro ha pasado.
—Yo he tenido mucho miedo...
—A la muerte no hay que tenerle miedo.
—No le tengo miedo a la muerte, le tengo miedo a quedarme sin abuela...
—¡Ah, qué valiente sos! No tenés idea de nada.
—La muerte es igual a un sueño... Uno cierra los ojos y no los abre más.
—Eso crees. Yo he leído lo que les pasa a los muertos que no se mueren. Bueno, a unas personas que se murieron y luego las revivieron y lo contaron... ¿Sabés qué? Uno empieza a andar por un túnel oscuro hasta que ve al fondo una luz brillante. Al final del túnel, lo espera un perro para guiarlo durante los siguientes pasos. Es un perro conocido que se crió con uno...
—¿Y si nunca hubo perros en la casa...? —interrumpo.
—Si no tenés un perro... ¡no habrá quien te guíe en el otro mundo! Así es y...
—¡Calla, mujer! —dice la tía Alba, que ha entrado sin que nos diéramos cuenta—. ¡Qué cosas más inconvenientes estás contando!
—¡Oh, Dios, tenés razón! —se levanta la tía Fanny nerviosa, tratando de hilar una disculpa. Y acaba diciendo—: Es que con este niño... una se desespera...

FUE en marzo, los últimos días, durante las cortas vacaciones de Semana Santa. Ya había vuelto a ponerme malo. La fiebre, el sueño, los dolores en las piernas, el rictus en la cara, más medicinas... Sí, fue en los últimos días de marzo, una época calurosa y seca, en que esta población se vuelve muy visitada por sus balnearios.

Bueno, pues yo también ardía de calor, aunque lo peor de la fiebre ya había pasado.

Tocaron en los cristales de la puerta de la terraza. Unos golpecitos quedos, tímidos.

Me apresuré a abrir con un feliz presentimiento.

Ahí estaba Jack, pecoso y sonriente, cargando en brazos a un pequeño animal.

—Es un lobo —lo puso en mis manos.

—¿Un lobo?

Esta vez Jack no me reprochó nada, sino que asintió sonriente.

—Un verdadero lobo, muy joven aún.

—¡Guau! —exclamé.

—Así no hacen, sino: ¡Aaaaauuuu...!
—¿Y me lo vas a regalar?
—No es mío.
—¿De quién es?
—De él mismo, así como tú te perteneces a ti mismo.
—Comprendo, pero debe de tener un amo.
—Claro.
—¿Con quién hablas, Manuelito? —gritó mi abue.
—Estoy jugando a Colmillo Blanco —respondí.
—¡Ése es un buen nombre! —exclamó Jack—. Le ha gustado mucho, míralo.
El lobo me lamía las manos y la cara.
—Qué bonito —lo acaricié.
No quise confesar a mi amigo que a la perra que tenía mi abuelo se la habían llevado a casa del tío Bene porque se le caía un poco de pelo y, a veces, el pelo entraba en la casa y me hacía daño.
—Bueno, ¿vamos a salir a jugar? —pregunté tras estar mirando lo zalamero que era Colmillo Blanco.
Los otros nos esperaban a la orilla del arroyo. Estaban cargados de raros utensilios y herramientas. Les pregunté, luego de saludarlos efusivamente, qué se proponían hacer.
—Jack es el jefe de este juego... —apuntó Emilio—. Y a él se le ha ocurrido hacer algo con todas estas cosas que traemos.

—Ajá —exclamó Jack—. Y para empezar, necesito que tomes asiento en otra parte.

—¿Y mi silla de ruedas?

—Es un excelente vehículo, no te preocupes.

No, ya sé jugar bien. Ya no me preocupo, ni me pongo a pensar que el baobab no es baobab, o que el tigre es imaginario, o que Sandokán es Emilio, o que las estrellas se ven en el Norte lo mismo que en el Sur. No, poco a poco voy aprendiendo.

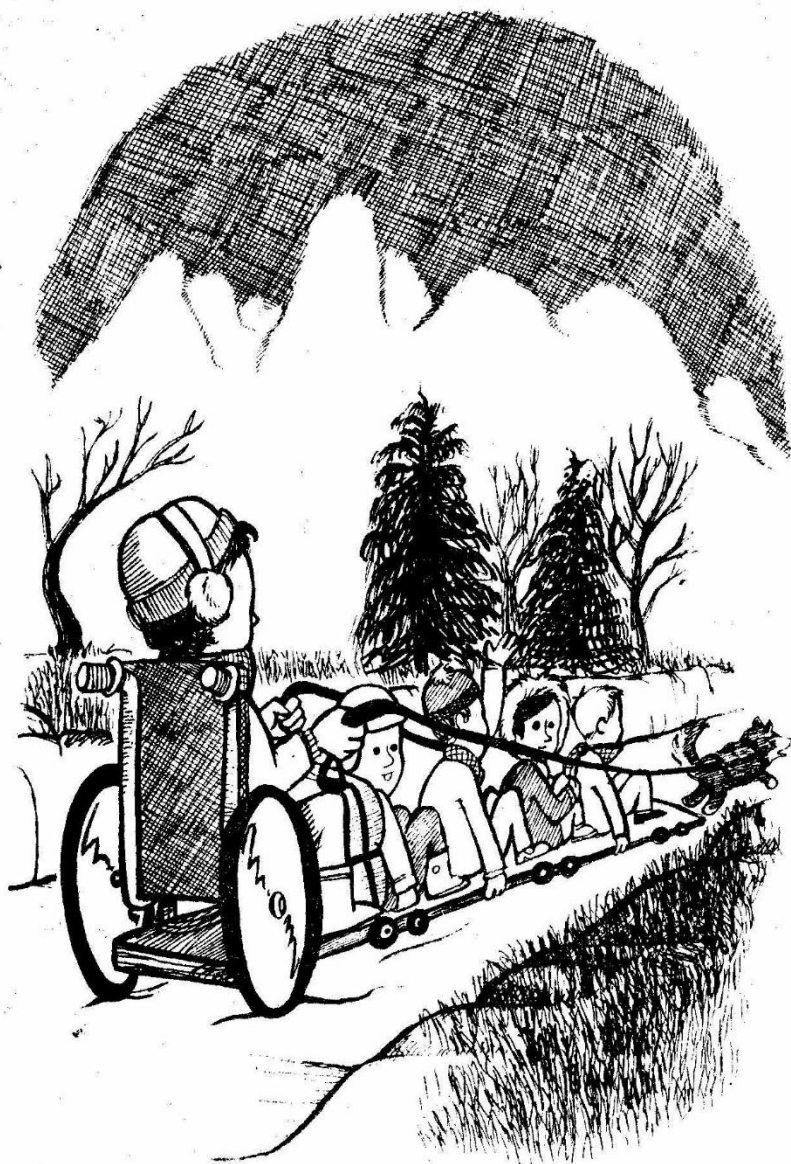
Además, no se aparta de mí el lobito. ¡Qué suave se siente su piel! Qué cara tan bonita tiene...

Mientras yo juego con el cachorro, mis amigos se apresuran en transformar la silla de ruedas en un trineo... ¿Qué digo? ¿En un trineo? Eso he dicho. Un largo trineo que puede llevar cuatro pasajeros y, aparte, un conductor.

—¿Y quién va a tirar de él? —pregunto.

El cachorro ladra en respuesta.

Aunque sea de juego, no lo puedo aceptar. Es sólo un cachorro y va arrastrando el trineo con cuatro de nosotros arriba y Jack detrás, empujando y conduciendo. Cierto, el trineo se mueve sobre unas tablas a modo de esquís, todas ellas llenas de pares de ruedecitas que permiten al vehículo deslizarse con facilidad en toda clase de terreno. Siento que es mucho esfuerzo para un animal tan joven.



Lo peor es que marchamos todo el día sin descanso. Quieren llegar a las estribaciones de la sierra antes del anochecer. Jack dice que somos gambusinos. Conocemos un rico filón de oro, pero para llegar a él tenemos que atravesar toda la sierra.

Comemos sobre la marcha y ellos se relevan en el puesto de conductor sin que nos detengamos, mientras Colmillo Blanco permanece en su lugar tirando y tirando del largo trineo.

Cuando finalmente nos detenemos a descansar, me pongo a curar las patas del animal. El pobre se las lame lastimero y yo permanezco serio con mis amigos hasta la hora de cenar, cuando sus risas, su conversación amena, sus palabras amistosas rompen el disgusto que siento.

Colmillo Blanco se echa a mis pies y el frío de la noche — ¡hace frío en esa sierra al tiempo que en el valle hace calor! — se esfuma con su calorcito. En la madrugada, el lobo se echa a mi lado y se queda dormido en mis brazos.

AL día siguiente, en lugar de reanudar la marcha, nos pasamos toda la mañana deslizándonos en el trineo por una pendiente. Me alegra que se dé descanso al animal, ya que el vehículo, es decir, mi silla de ruedas con esos esquís extraños, se desliza sola cuesta abajo. Claro, hay que subirla de regreso cada vez, pero en ese trabajo yo no participo; siempre alguien carga conmigo, ya sea en brazos o en el vehículo ese.

Quisiera conducir yo el trineo. Me entran unas ganas locas de llevar yo las riendas aunque sea un ratito.

—¡Una vez y ya! —les pido a mis amigos.

Jack niega reiteradamente, pero los otros abogan por mí y, cuando todos están ya cansados de subir y subir la silla, acepta que haga yo la última bajada.

¡Allá voy, allá vamos! Colmillo Blanco corre alegremente a nuestro lado. El trineo va aumentando su velocidad a medida que desciende. Es fabuloso. Controlo el trineo con unos tirantes de

los que voy tirando con fuerza. De pronto, el trineo salta. Así había sido siempre que pasábamos por esa parte, pero es distinto ir sentado cómodamente mientras otro guía, a ser uno el conductor. Como conductor, el tiempo pasa a una velocidad diferente, y el salto me sorprende pues lo esperaba unos segundos después. Así que el salto del trineo me hace perder un instante su control y se desvía un poquito de la dirección que debería llevar. Quiero enderezar el camino, inútilmente, porque el trineo se desliza ya por una ruta distinta y comienza a precipitarse a gran velocidad ladera abajo.

—¡Detente! —chilla Julio.

—¡Cuidado! —exclama Emilio entre los ladridos desahogados de Colmillo Blanco y las voces de los demás.

Y es que vamos deslizándonos, mejor dicho, vamos precipitándonos, a enorme velocidad por una ladera empinadísima. Logro desviar el trineo a la derecha y, a punto de volcar, tomamos una ligera loma, la cual subimos gracias al impulso que traíamos. El trineo va perdiendo velocidad, casi casi se detiene ya, pero ha logrado subir toda la loma y, cuando damos gracias a Dios por nuestra buena suerte, el vehículo vuelve a deslizarse por el otro lado loma abajo.

El trineo se desplaza tan fácilmente que nada lo puede parar. Ahora comprendo por qué Col-

millo Blanco tiraba del trineo con tanta facilidad. Lo único que puedo hacer es seguir adelante, evitando rocas, árboles y arbustos. Karl grita en las bajadas como las muchachas cuando están en la montaña rusa. Los otros también gritan, yo grito y Colmillo Blanco ladra. De nada sirve tanto griterío. El valle que abandonamos el día anterior se va acercando aceleradamente. Distingo allá abajo bloquecitos blancos y verdes. Las casas, las haciendas, las fincas... Cada vez más cerca. De pronto, se cruza la carretera y la abordo. Ya he aprendido a conducir mejor el trineo; lo único malo es que no tiene frenos y, como vamos de bajada, a cada segundo es mayor la velocidad a que se desliza. Sigo la cinta de asfalto. De pronto, se vienen encima de nosotros dos enormes camiones en sentido contrario. Están a punto de atropellarnos. Busco entonces salir de la carretera y tomo un bosquecito de encinas (Emilio dice que son encinas y Julio dice que son eucaliptos, pero como esta vez Emilio manda en el juego, son encinas). La mala suerte que tenemos es que, tras el bosquecito de encinas, la ladera se precipita abruptamente a una cañada. Es imposible detenerse. Trato de desviar el trineo y, en el intento, tras un inesperado movimiento, sale Julio despedido por los aires. De reojo, adivino que vuela a la rama de un árbol. Otro movimiento, y Karl sale por el otro lado.

Estoy a punto de frenar cambiando de dirección una y otra vez. Emilio sale volando en otro brusco movimiento, y al final, cuando llegamos al fondo de la cañada, Jack vuela también y yo, milagrosamente, lo sigo a él mientras el trineo se precipita al fondo, diez metros abajo.

«¡Mi silla!», pienso nada más un instante, o tal vez menos, porque mi atención se va al lado de mis amigos.

—¿Estáis bien? —soy el primero en decir algo.

—¡Hola! —saluda Julio colgado del pantalón en la rama de un árbol.

—¡Buenas tardes! —responde Karl sacudiéndose las ropas, ya de pie, aparentemente en buenas condiciones.

—Creo que estoy completo —se revisa Jack. Está tirado sobre un arbusto y acaba de revisarse de pies a cabeza.

—Todo bien —dice Emilio. En realidad, es el único que ha sacado de todo esto un buen chichón y un tremendo rasguño en un brazo.

Colmillo Blanco, asustado, comienza a aullar lastimero. Su aullido resuena a lo lejos. Ahora que veo que todos están bien, yo también tengo ganas de ponerme a aullar por mi silla de ruedas. Desde mi posición, sano y salvo, no logro distinguir el estado en que ha quedado allá en el fondo del barranco. Pero en ese momento es-

talla la risa de Karl. Es el primero al que le hace gracia el estado en que nos encontramos. Todos sonreímos primero y, poco a poco, vamos contagiándonos de su risa. Hasta Julio, colgado de una rama, acaba por reír mientras se agitan sus piernas en el aire y se balancea todo su cuerpo.

EL resto de la tarde lo pasé al borde del barranco, con Colmillo Blanco a mi lado, mirando cómo rescataban mi silla de ruedas. Tras mucho batallar lograron sacar todas sus partes. Estaba completa, sí. Cada rueda por su lado y el asiento por otro, pero completa. Los esquíes estaban, en cambio, rotos e inservibles.

«¡Ahora sí que me la he cargado!», pensé.

—No te preocupes, nosotros la arreglaremos —decía Julio.

—Mañana estará como nueva —aseguraba Emilio, pues ya la tarde se estaba yendo.

No les creí. Una rueda había quedado cuadrada, la otra casi triangular y el resto todo abollado o raspado.

Lo peor de todo era que no sólo se había arruinado la silla, sino nuestro medio de transporte. Ahora teníamos que regresar a pie; bueno, ellos a pie y yo... sobre las manos, si no lo hacía arrastrándome.

—No te preocupes —insistía Karl.

Sólo Jack permanecía callado, tratando de devolverle la forma a una de las ruedas.

Acampamos ahí mismo, si es que eso era un campamento, cobijados por las estrellas, que fueron encendiéndose en lo alto, y, cuando el estómago empezó a reclamar nuestra falta de atención, chupamos vainas dulces de mezquite como único alimento.

Y, sin embargo, fue una noche divertida. Como las otras noches que hemos pasado juntos. No sé a qué hora nos quedamos dormidos. El caso es que cerré los ojos, me hundí en un sueño profundo, y de pronto siento en la cara que me pasan una esponja o un estropajo. Antes de abrir los ojos, caigo en la cuenta de que se trata del lengüetazo cálido de Colmillo Blanco, y entonces creo escuchar la voz de Jack llamándome.

Me desperté. Estaba a punto de amanecer.

—Al fin —exclamó Jack, inclinado sobre mi cara.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Vamos a ir allá arriba... —señaló una loma cercana.

Hacía fresco y el aire era suave.

Me colgué del cuello de Karl y éste me llevó en su espalda, a caballito. Los otros iban a nuestro lado; hablaban de un rayo verde. No entendía nada.

—Ni yo —rió Karl.

—No hace falta entender nada —respondió Julio—. Cuando ves las estrellas, las ves y ya, no te pones en plan sabiondo a pensar cuál es su masa y su temperatura, a qué velocidad se desplazan en el espacio y todo eso... ¿O no? Lo único que sabes, y es lo único que importa en ese momento, es que ahí están en el cielo, brillando.

—De todos modos —intervino Emilio—, conviene decir que el rayo verde es algo muy raro en estas latitudes. Se ve mejor en las regiones más cercanas al Ártico, donde se encuentra el polo norte magnético.

—¡Hay que acomodarse en el sitio de observación! —interrumpió Jack al par de «científicos»—. Ya casi es la hora prevista.

Trepamos a una peña que estaba precisamente en la cima de la loma y ahí nos apretamos los cinco. Colmillo Blanco a mi lado.

Karl sacó una brújula que llevaba especialmente para esta oportunidad y nos indicó con precisión el norte magnético.

Justo en el momento en que señalaba con el índice la lejanía, un rayo verde cruzó el horizonte. Un rayo verde con destellos rojos y púrpuras.

—Es la aurora boreal... —susurró Jack, como si temiese romper con su voz el encanto de aquella visión sin igual.



—El rayo verde —brincaba de gozo mi corazón.

Había leído yo una aventura formidable en la que los personajes perseguían al rayo verde, de modo que tenía idea de lo extraordinario del suceso.

No sé cuánto tiempo duró el fenómeno porque a mí me ocurre que en momentos así pierdo la noción del tiempo. De golpe, con los primeros resplandores del sol naciente, la mágica visión se fue apagando hasta desaparecer.

Luego, Julio y Emilio se enfrascaron en una discusión para explicar el fenómeno. Hablaron de tormentas magnéticas producidas por la actividad de las manchas solares al chocar contra los polos magnéticos de la Tierra, pero yo no entendí nada.

—Ni yo —repetía Karl.

22 *El regreso*

Mi silla de ruedas se quedó torcida y se des-
plaza sobre una rueda no muy redonda. Por ello
la cargan hasta llegar a la carretera, en lugar de
irla empujando. A mí también me llevan, por
turnos, a caballito.

En la carretera probamos la silla de ruedas y
es cuando nos damos cuenta de que ha quedado
hecha un desastre.

No importa. Ya encontraré qué decirle a mi
abuela.

Nos lleva una camioneta. La finca de mis
abuelos está a cinco manzanas de esa misma ca-
rretera al entrar a la ciudad, de modo que no
tardamos en estar en casa.

Nadie tiene fuerzas ni ánimo para subir al
árbol de lord Glenarvan, como yo hubiese que-
rido, a fin de retardar mi regreso y encontrar
una explicación más o menos creíble por mi *abue*
de lo ocurrido a la silla de ruedas. Todos tienen
que irse por una u otra razón.

Se despiden Jack, Karl y Emilio. Julio es el

encargado de llevarme de regreso a mi cuarto. Colmillo Blanco chilla, y a mí se me hace un nudo en la garganta cuando el cachorro me lame la cara por última vez.

—La energía que absorbiste del rayo verde, Manuel —dice Julio en nuestra despedida—, te va a traer muchos días buenos, al igual que a mí y a los demás...

—Gracias por todo —exclamo cuando el mayor de los muchachos sale a la terraza y se dispone a descolgarse por la cuerda.

«Sí, amigos; gracias por vuestra amistad», repito en mi interior. Y es cuando me doy cuenta de que esta vez no han prometido venir para las próximas vacaciones. Ya no puedo llamarlos. Es hora de ir pensando en algo realmente convincente para que la abuela no se oponga a las aventuras que tengo con mis amigos.

Le diré que entró un ladrón y que trató de llevarse la silla de ruedas, que la dejó caer desde la terraza al jardín y que... No; es una historia muy tonta...

No puedo pensar en nada inteligente porque tengo el estómago vacío. ¡Uf!, sí que tengo hambre. Me comería un bisonte entero yo solito. Bueno, un bisonte a la parrilla; crudo no me apetece en absoluto.

Cierro los ojos y me imagino ciertos manjares deliciosos. Me quedo soñando en paisajes lejanos

hasta que llega a mí el olor de... una sopa de fideos. Abro los ojos sorprendido.

Mi *abue* está junto a mí y, precisamente, acerca a mi nariz un plato humcante de sopa.

—Mira lo que te traigo... —dice, acomodando la bandeja en la mesa que se desplaza sobre mi cama.

Se alegra tanto de verme que, por lo pronto, no tengo que explicar nada de nada. Mientras tomo la sopa recorro la habitación con la mirada. No está mi silla de ruedas en ninguno de los rincones acostumbrados. ¡Huy, huy, eso sí se pone feo!

—¿La silla? —adivina la abuela mi inquietud—. Detrás de ti.

Se levanta, empuja la silla de ruedas y la pone enfrente de mí. Me quedo con la boca abierta: es una silla nueva.

No sé si alegrarme o ponerme a llorar. Mi *abue* no ha dicho ni una palabra de reproche todas las veces que me he escapado. Y hoy que he regresado con la silla hecha una lástima, en vez de enojarse y exigir una explicación, me compra una silla de lujo. Me la está mostrando. Dice que tiene un motor de tres velocidades, freno, elevador y unos hierros para bajar la escalera...

—¡Ya, *abue*, no sigas...! —le digo. No me puedo contener más y me dispongo a contárselo todo.

Le cuento de pe a pa todo, desde el momento en que Emilio se apareció con su traje blanquísimo y su morral, hasta el instante mismo en que Julio se despidió de mí diciéndome lo del rayo verde.

Ella me escucha con atención. A ratos sonríe, a ratos se pone seria. Al final me llena de besos y es cuando veo que tiene húmeda la mirada.

—¡Cómo quisiera que todo fuera cierto, Manuelito! —dice limpiándose una gotita de agua que se escurre por su cara.

—Lo es, *abue*... Mis amigos son muchachos de verdad y me he divertido mucho al lado de ellos.

—Mi cielo: si nunca me he apartado de ti. Estos seis días que han pasado, me he quedado a dormir en tu cuarto.

¿Y las otras veces? digo, incrédulo.

—Nunca, nunca te he dejado solo más de unas pocas horas.

A mi abuela se le olvidan las cosas. Eso es lo que ocurre. Siempre deja en un lugar su gancho y lo busca en otro. Un día creyó que era martes, salió corriendo al periódico a entregar su colaboración y resultó que era miércoles. Nunca sabe en qué día vivimos. Sí, eso es lo que ocurre con la pobre olvidadiza. Por eso, ni cuenta se ha dado de mis andanzas.

23 Los días siguientes

LA silla nueva es un regalo de los tíos Bene y Vena, no porque ellos la hayan pagado, sino porque ellos tuvieron la idea de pedirla a una institución que no me acuerdo cómo se llama. A lo mejor es el Seguro Social, ya que yo estoy asegurado.

No sé qué hicieron con mi silla vieja. Quisiera verla para comprobar las averías que sufrió y así demostrarle a mi *abue* que yo digo la verdad. Pero, pobre, si se lo demuestro, va a tener que reconocer que tiene muy mala memoria y que se olvidó de mí durante algunos días.

La abuela ha dicho que yo estaba tan contento a causa de la silla de ruedas nueva; pero, ¡qué va! Yo sé que me sentía tan lleno de energía debido al rayo verde.

Salíamos todos los días a pasear por la huerta, incluso algunas veces nos asomamos a la calle y compramos un dulce de nanche.

—Ése es el árbol de lord Glenarvan —le explicaba a mi *abue*—. Aquí, mira, exactamente en

este borde tropezó la silla de ruedas cuando Karl la empujaba...

Ella se reía. Estaba todo el tiempo contenta porque veía que mi salud mejoraba.

Una vez, hace tiempo, sorprendí un comentario de mis tíos. Decían que cuando un enfermo está muy mal y sale de una crisis, la siguiente crisis va a ser más fuerte y difícil de superar. No me pidan que explique qué es crisis. Yo me imagino que es una recaída grave de salud. Creo que hablaban de mí. No lo sé. Pero yo ahora sé otra cosa: cuando un enfermo se alivia un poquito, la próxima vez que se alivie se alivia más. Eso me estaba pasando a mí.

Mayo, junio, julio, agosto, septiembre y octubre fueron los meses más sanos de mi vida. Los vivimos intensamente, los disfrutamos mucho. Cierto: durante todo este tiempo, no aparecieron por aquí los primos más que un par de fines de semana. Pero no me molestaron; al contrario, descubrí que no son criaturas horrosas, sino chicos comunes y corrientes. Hugo, el gordote, tiene el mismo modo de mirar de Jack que tanto me divierte. Reconociendo esto, ya no me parece tan horrible como antes.

En la primera semana de noviembre, me sentí desganado y le dije a la abuela que prefería quedarme en la terraza. ¿Se estaba esfumando el efecto del rayo verde?

Luego, en los primeros días de diciembre, mi abue se puso enferma y yo me empecé a sentir peor. Llegó primero el tío Bene, quien la acompañaba una y otra vez al doctor. No se curaba y tuvieron que hospitalizarla. Entonces llegaron todos mis tíos, incluso llegaron las tías de Costa Rica adelantándose a sus planes. Mi abuela les dijo que no me dejaran solo ni un momento. Y las tías más o menos cumplen con esta petición.

Más o menos porque, si finjo que estoy dormido, salen corriendo. Y entonces abro los ojos y me quedo mirando a la vidriera para ver si aparecen mis amigos.

—¿CUÁNTOS días faltan para las fiestas de las posadas? —pregunto a la tía Alba. He estado con tanto sueño que he perdido la noción del tiempo.

—¡Las posadas! Mire nada más en qué está pensando, como si estuviera para andar pegándole a la olla... —la tía Alba sirve una cucharita con un líquido verdoso que sabe a grillos—. ¡Ande, tómese su medicina!

—En serio, tía: ¿a qué día estamos? Es lo que quiero saber.

—A veintiséis de diciembre.

¡Veintiséis de diciembre!, resuena en mi cerebro. ¡Veintiséis de diciembre!, campanillea en toda mi cabeza. Y los muchachos no han venido.

—¿Qué le pasa? ¿No decía que esa medicina sí le gusta?

—En comparación con las demás... —aclaro.

La medicina no me importa en esos momentos. ¿Dónde he estado todos estos días que no me he dado cuenta de cuándo empezaron las

verdaderas vacaciones de diciembre? Dormido, con fiebre, o qué se yo. El caso es que mis amigos... No sé qué pensar ahora.

Antes tenía miedo de que no vinieran porque ya no somos unos niños.

Ahora tengo miedo de que hayan venido mientras yo estaba aquí sumido en mi enfermedad.

Y mi *abue* no aparece tampoco. Si al menos ella hubiera estado aquí, y si, como decía, nunca se apartaba de mí, le habría pedido que si venía Jack o Emilio o Julio o Karl, les dijera que podían pasar a despertarme.

Me siento mal de verdad con sólo pensar en que vinieron y no respondí a su llamada. Me da vértigo, me hundo en un abismo negro.

Cuando abro los ojos tengo una aguja clavada en el brazo y una mascarilla en la nariz. Huele a medicinas, se respira caliente y pesado. Las paredes se quisieran derretir del calor que sienten también. Me están poniendo suero. Oigo voces, no las comprendo, y oigo un tac-tac lejano y un cri-cri todavía más distante.

El doctor de siempre, no me puedo acordar ahora de su nombre. La tía..., tampoco me acuerdo de su nombre. La que me habla en costarricense: «Sos un sonso, Manuelico...». Y el tío ese, el padre del gordote. Ellos están conmigo. Tienen cara de espanto. El doctor se lava las manos

con alcohol, escribe una nota, dice algo al tío y sale del cuarto. El tío mira a la tía, le dice algo y va tras el doctor. La tía me mira a mí, no dice nada y sale corriendo tras el tío.

«¡Vaya enredo!», pienso. Me han dejado solo, sumido en el calor de dentro y en los ruidos que llegan de fuera y las gotitas de suero que siguen escurriéndose por el tubito.

El tac-tac es ahora más fuerte; el cri-cri, más cercano.

De pronto, se abre con violencia la puerta de la terraza y un chico, vestido todo de azul, cae de bruces en medio de la habitación.

—¡Diablos contigo, Manuel! — quiere decir muy fiero Julio, pero le sale la voz dolorida. Ha abierto la puerta golpeándola con el hombro.

—Llevo media hora tocando para que me abras.

—¡Lo sabía! — exclamo—. ¡No me podían fallar!

—Claro que no; los otros están allá arriba, ya sabes.

—¡En el árbol de lord Glenarvan!

—Bueno, vámonos.

Es lo que más me molesta de los cuatro; es lo que más me gusta de los cuatro. Sí, ambas cosas: que me traten como si yo pudiera hacer lo mismo que ellos. Ya estoy acostumbrado, así que sonrío y le señalo a Julio los tubitos que me tienen conectado a la botella de suero.



—Ya veo...

Se acerca parsimonioso y, del modo más normal, quita la mascarilla, arranca la aguja y me toma en sus brazos.

—¡A caballito! —le digo.

Y él deja que me cuelgue en su cuello mientras que sus manos de muchacho fuerte sostienen mis piernas blandengues.

Ya estamos a punto de salir a la terraza cuando grito que olvidamos mi silla de ruedas.

—No la necesitas —responde Julio.

Lo comprendo de inmediato.

En el árbol de lord Glenarvan están mis otros tres amigos esperando. De un solo salto, desde la terraza, estamos con ellos. Nos tomamos los cinco de las manos y, en un suspiro, comenzamos a flotar tranquilamente, a volar de verdad, a subir poco a poco al cielo.

Al pasar por entre las nubes, me entra una tremenda preocupación.

—¿Y mi abuela? —me detengo.

Todos nos soltamos de las manos. Jack me mira sorprendido y nada más mueve la cabeza.

Emilio se da prisa en contestar:

—Allá abajo. Estará bien por algunos años más.

—Bueno, entonces, sigamos —digo yo, y es cuando me fijo bien en el rostro de Julio y en el de Emilio y en el de Jack y en el de Karl...

¡Pero si son mis amigos de siempre! Julio Verne, Emilio Salgari, Jack London, Karl May... ¡Debo de ser un tonto de capirote por no haberlos reconocido!

Y ahora el ascenso es libre, cada uno por su lado va volando como mejor le acomoda. Yo me pongo a describir figuras acrobáticas y los otros no tardan en imitarme. El sacacorchos me sale a mí mejor que a nadie, y cuando hago la banda de Moebius, girando vertiginosamente hasta completar una figura imposible, me doy cuenta de que mis piernas responden magníficamente.

Miro abajo: allá se queda mi silla de ruedas, vacía, a un lado del cuerpo frío del niño que fui.

25 *Los amigos de siempre*

UN mes se pasa como sea cuando el corazón está dolorido. Se duerme mal, se come sin ganas, se piensa mucho, se duele uno de la imaginación.

La abuela ha decidido arreglar el cuarto de Manuel. Primero no quería tocar nada; luego se animó a sacudir, a limpiar, a acomodar esto y aquello. Ahora está decidida a cambiarlo todo, ya que el recuerdo de su nieto lo lleva dentro.

Se detiene ante el estante lleno de libros de aventuras. Los lomos de colores de ediciones corrientes se confunden con las ediciones de pastas de cartón. Muchos de esos libros pasaron por sus propias manos antes de llegar a las de su nieto, por eso los conoce bien. Quizá ahora los regale a sus otros nietos. De entre toda esa colección de libros de aventuras, resaltan cuatro tomos en un rincón. Parecen idénticos, pero pertenecen a distintas editoriales. La abuela se acerca y lee:

—*Los hijos del capitán Grant, El León de Damasco, La llamada de la selva, La hija del jeque.*

Y mientras descubre los títulos, salta su co-

razón en el pecho. Ha reconocido de golpe a los autores. Tiene que sentarse y tomar un vaso de agua antes de sacar los cuatro libros.

—Julio, Emilio, Jack, Karl... Eran ellos... Los amigos de siempre...

Índice

1 Manuelito	5
2 Emilio	11
3 Karl	17
4 Julio y Jack	23
5 Una noche en la cabaña aérea	33
6 La jungla negra	39
7 En casa	43
8 La abuela	47
9 Otra vez Karl	51
10 Los otros	55
11 La silla voladora	59
12 La competición	65
13 Salto de longitud	69
14 Clara	73
15 La prueba final	77
16 En casa	81
17 Un cuento	85
18 Miedo	87
19 Colmillo Blanco	89
20 Otra vez la silla... ..	95
21 El rayo verde	101
22 El regreso	107
23 Los días siguientes	111
24 La gran aventura	115
25 Los amigos de siempre	121